

Villena: del pesimismo a la consagración

Grisel Terrón
Quintero

Rubén Martínez Villena reúne en sí la condición de revolucionario y la de excelente poeta, mezcla que habrá de constituir un arma fortísima en su lucha. En cualquiera de esas dos condiciones es una figura recurrente si de la Cuba republicana se trata, aunque en el presente trabajo lo que se pretende es verlo en esa interrelación que lo convierte en figura apasionante de nuestra historia.

La llamada Primera Generación Republicana alcanza su clímax hacia 1917 con el teatro de Sánchez Galarraga, con Lecuona. De este año son precisamente los primeros versos que se conocen de Rubén Martínez Villena, décimas tituladas *Peñas arriba* en las que el poeta expresa su desencanto y su urgencia de cambiar el sentido de su vida. Este año inaugura la producción poética de Villena que José Antonio Portuondo ha periodizado en tres etapas: 1917-1922, 1923-1927 y 1928-1934. Aunque nuestro objetivo no es el análisis literario de la poesía de Villena, su contenido y forma están muy relacionados con el acontecer político del país y el poeta. Es esto precisamente lo que nos interesa aquí: la formación del revolucionario (en el más amplio sentido) que fue Rubén a la par que la República mostraba su frustración, todo visto a través de su poesía.

En la primera etapa, Rubén expresa el tema amoroso y canta a las luchas por la independencia mediante el soneto clásico cargado de un romanticismo que caracteriza su obra. La literatura fue para él, como para el resto de los que conforman la Primera Generación Republicana, un refugio, un modo de evadirse. A partir de 1920 estos jóvenes, movidos por las mismas inquietudes, integraron la tertulia del café «Martí». La producción poética de Rubén Martínez Villena del año 1919, da cuenta de un viaje a la raíz, de un retorno a lo más rebelde de la historia que le antecedió, fue pródigo en este tema en sus versos: *El rescate de Sanguily*, *Mal Tiempo* y *San Pedro* dan cuenta de ello. Nótese que es en este año cuando empieza a trabajar por las tardes en el bufete de Fernando Ortiz y que, de mecanógrafo auxiliar, pasó rápidamente a ser secretario particular de don

Fernando. De este mismo año data el poema *19 de mayo*, dedicado –fácil es suponerlo– a la muerte de José Martí, que termina de manera que nos puede hacer sospechar la actuación posterior de Villena y su generación:

Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea:
Observa que tu pueblo ya no tiene librea
Y rompió sus cadenas con suprema altivez;
Pero en el día fúnebre en que más alto brillas,
El pueblo redimido se encuentra de rodillas:
¡tu recuerdo sagrado le arrodilla otra vez!¹

Parecería que el Rubén de 1919 estaba conforme con la República constituida al comenzar el siglo, pero los tres últimos versos establecen un cierto compromiso pues a pesar de que el pueblo se ha «liberado», todavía está de rodillas y se inclina ante el recuerdo del Apóstol, lo que se convierte en un compromiso, como la evolución posterior de Villena demostró. Su poema *Carnaval* es el primero de temática social. Ya en 1923, y con motivo de la protesta que él y otros 12 encabezaran, su visión de la realidad cubana y su respuesta son más claras:

Hay patriotismo falso, de relumbrón y pompa,
Con acompañamiento de timbales y trompa;
Se cambian Secretarios en situación muy crítica
Por Mezquinas «razones de elevada política»

Mas ¿adónde marchamos, olvidándolo todo:
Historia, Honor y Pueblo, por caminos de lodo,

Si ya no reconoce la abcecaación funesta
Ni aún el sagrado y triste derecho a la protesta?

¿Adónde vamos todos en brutal extravío,
sino a la Enmienda Platt y a la bota del Tío?²

Hasta aquí, la situación de Cuba –perfectamente retratada– en el *Mensaje lírico civil*. Rápidamente, superada ya la etapa contemplativa de otros años, la solución al problema:

Hace falta una carga para matar bribones,
Para acabar las obras de las revoluciones;

Para vengar los muertos que padecen ultraje,
Para limpiar la costra tenaz del coloniaje; [...]³

¹ *Ibidem*, p. 168.

² *Ibidem*, p. 179.

³ *Ibidem*.

Y a continuación, sin temor, sin dudas, con las más vehementes palabras, su compromiso:

Yo juro por la sangre que manó tanta herida,
Ansiar la salvación de la tierra querida,
Y a despecho de toda persecución injusta,
Seguir administrando el cáustico y la fusta.
Aumenta en el peligro la obligación sagrada.
(El oprobio merece la palabra colérica.)
Yo tiro de mi alma, cual si fuera una espada,
Yo juro, de rodillas, ante la Madre América.⁴

En este año se iniciaban las protestas en la Universidad de La Habana contra la docencia anquilosada. Rubén no estuvo ajeno a aquel movimiento pero pronto se dio cuenta de que los males de la Universidad no estaban en la Universidad misma sino en el sistema que los amparaba, entonces había que ir a la raíz. La revolución rusa impulsa los cuestionamientos de Rubén. *Canción del sainete póstumo* (1922), fijación entre satírica y romántica, fiel al espíritu bufo cubano por la sátira a determinadas costumbres da la medida de su inconformidad. Se nota en el poema una actitud de derrota por la mediocridad cotidiana, representada en este caso por el ritual del velorio:

Yo moriré prosaicamente, de cualquier cosa,
(el estómago, el hígado, la garganta, ¡el pulmón!?)
y como buen cadáver descenderé a la fosa
envuelto en un sudario santo de compasión.
Aunque la muerte es algo que diariamente pasa,
Un muerto inspira siempre cierta curiosidad;
Así, llena de extraños, abejará la casa,
Y estudiará mi rostro toda la vecindad.
Luego será el velorio: desconocida gente,
Ante mis familiares inertes de llorar,
Con el recelo propio del que sabe que miente
Recitará las frases del pésame vulgar.⁵

El velorio aquí no es mas que uno de los tantos elementos de la sociedad cubana que se han vuelto vulgares y cotidianos, por tanto, risibles. La cotidianidad, la rutina de la vida, provocan en el temperamento febril y melancólico de Villena estados depresivos que no se manifiestan solo en *Canción del sainete póstumo* (1922); su soneto *Paz callada* (1923) da fe de lo dicho:

Y esta perenne abulia; esta inercia del alma
que no siente: ni espera ni rememora nada:

⁴ *Ibidem*, p. 180.

⁵ Martínez Villena, p. 79.

Ni una ansiedad siquiera para el futuro: calma;
Calma: ni una nostalgia de la vida pasada.
Pausas que se dilatan en la quietud amarga;
El mismo tema diario se repite y se cansa;
La materia inactiva se degenera en larga
Putrefacción creciente; como de linfa mansa.⁶

La angustia, la impotencia, la desconfianza, caracterizan también la segunda etapa de las anotadas anteriormente. El gigante (1923), por ejemplo, expresa el letargo espiritual de Rubén a pesar del cuestionamiento constante de la realidad del país:

¿Y qué hago yo aquí donde no hay nada
grande que hacer? ¿Nací tan sólo para
esperar, esperar los días,
los meses y los años?
¿Para esperar quién sabe
qué cosa que no llega, que no puede
llegar jamás, que ni siquiera existe?
¡Qué es lo que aguardo? ¡Dios! ¿Qué es lo
que aguardo?

Hay una fuerza
Concentrada, colérica, expectante
En el fondo sereno
De mi organismo; hay algo,
Hay algo que reclama
Una función oscura y formidable.⁷

Es interesante observar que Rubén reconoce la abulia política cubana y siente parte de ella, sin embargo, dentro de sí hay una fuerza que aguarda y que, efectivamente, se revelará en su actuación revolucionaria después, cuando decide «medirse cara a cara con el Señor de los Dominios Negros». Antes, no obstante, reacciona renegando de la realidad, manifestando en su poesía un asco visceral hacia lo que le circunda. Cuando nace *El gigante* la conciencia revolucionaria aún no ha despertado y Villena lo plasma en su obra:

Y nadie me responde, ni es posible
Sacudir la modorra de los siglos
Acrecida en narcóticos modernos
De duda y de ignorancia; ¡oh, el esfuerzo
Inútil! ¡Y el marasmo crece y crece
Tras la fatiga del sacudimiento!⁸

⁶ *Ibidem*, p. 103.

⁷ *Ibidem*, p. 97.

⁸ *Ibidem*.

Y a esta melancolía, a esta resignación a soportar la inconformidad, contribuye la sensación de impotencia que le causa la sordera colectiva: «y en la tiniebla nadie oye mi grito desolado».

De febrero de 1923 es la primera obra en prosa recogida de Villena y en ella se expresa un contenido concreto referido a la redención nacional:

Bello sería cantar —en su aniversario— la clarinada que alzó sobre sus estribos a los hombres del 95.[...] Hora es de tener patria de verdad, bien cimentada y fuerte y coherente, sin más obligaciones que las que impone la gratitud [...]⁹

Estas palabras ya hablan a favor de un camino, de una toma de conciencia, de un patriotismo irredento que desembocará en una consecuente actividad revolucionaria.

Sin embargo, en 1925, cuando escribe *Motivos de la angustia indefinida*, todavía siente de alguna manera aquella impotencia:

¡Oh, consciente impotencia, para vencer la empresa
de traducir al verso la aspiración informe!
Angustia irremediable: conservar inconfesa
La tragedia monótona de vivir uniforme!...

¡Y temer el ansiado reposo, donde cesa
esta resignación a seguir inconforme
de todo: de sí mismo, del labio que se besa,
de la verdad pequeña y del Enigma enorme!¹⁰

A pesar del aire pesimista y contrariado del poema, el final —bella imagen— es un «clamor de fe combativa».¹¹

Es justo decir, no obstante, que el Villena de los primeros poemas citados va despojándose de ese espíritu pesimista que en un inicio lo conduce a una actitud contemplativa para convertirse en un soñador de acción, incluso, desde 1923, año en que encabeza la Protesta de los Trece. Aunque este hecho no se inscribe dentro de los más enérgicos protagonizados por él en su lucha contra la situación de la República, indudablemente, denota un cambio de actitud, una queja más práctica que verbal que posteriormente se convertirá en el motivo central de su vida, aun cuando la muerte le merodea más de cerca.

En este cambio de actitud, que por demás no fue repentino, sino resultado de un largo proceso que no describiremos aquí, pero que después de su protesta por la compra del Convento de Santa Clara se hace incontenible, y donde se

⁹José Antonio Portuondo, p. 489.

¹⁰Ibíd., p. 107.

¹¹Raúl Roa, p. 45.

destaca la fundación de la Falange de Acción Cubana, en este cambio de actitud, repetimos su relación con Julio Antonio Mella ocupa un lugar especial, al igual que su afiliación al Partido Comunista. Por los días en que se iniciaban los trabajos preparativos del Primer Congreso Revolucionario de Estudiantes, Mella y Villena fueron presentados. Gracias a Mella, Rubén empezó a frecuentar el círculo universitario donde se desenvolvía el primero y fue allí donde comprendió el contenido del imperialismo —y por tanto el peligro— que representaba. Estos elementos, unidos a su declaración en *Social* a raíz de la expulsión de Lamar en 1927, condujeron a Villena a una posición definitivamente radical e irreversible que constituye la peculiaridad de su tercera etapa. Rubén descubre la raíz de los males de la Cuba Republicana y llega a convertirse en un antimperialista convencido, cuestión que también se percibe en su obra poética. En *A una cubana* (1929) califica al imperialismo norteamericano de «feroz»:

Dulces ojos, boca y voz

Que constituyen tesoro:

Vais a la tierra del oro,

Del imperialismo feroz.

Cubana, quedáanos fiel:

Dile al extranjero intruso

Que el arancel que nos puso

Lo violamos con tu miel.¹²

La renuncia a sí mismo, y, por tanto, la prueba máxima del cambio operado en la conciencia de Rubén Martínez Villena, es absolutamente visible durante su larga convalecencia. En ese período completó, si es posible decirlo así, su madurez política, su confianza en el camino elegido y el viaje emprendido hacia dentro de sí mismo desde hacía algunos años. Su polémica con Mañach se inscribe en esta etapa y da cuenta de un desprendimiento total de cualquier duda o vacilación anterior: «Yo destrozo mis versos, los desprecio, los regalo, los olvido: me interesan tanto como a la mayor parte de nuestros escritores interesa la justicia social», le escribía a Mañach entonces.

Varias veces tuvo Rubén que ser recluso, varias veces fue dado de alta y varias veces también fue alertado por sus médicos de la necesidad de cumplir estrictamente sus órdenes, pero lo que nunca varió —y esto impresiona tremendamente de sus escritos— fue su decisión de continuar su lucha a pesar de su terrible enfermedad y su entrega total a la línea que había elegido. En 1930, durante otra de sus crisis, le escribía desde Moscú a Asela en una suerte de despedida: «Dile a los compañeros, Chela mía, que mi último dolor no es dejar la vida, sino el dejarla de modo tan inútil para la Revolución y el Partido. ¡Cuánta envidia siento por mi situación de los últimos días de marzo! ¡Que bueno, qué

¹² *Ibidem*, p. 161

¹³ Raúl Roa, p. 67.

dulce debe ser morir asesinado por la burguesía! Se sufre menos, se acaba más pronto, se es útil a la agitación revolucionaria.»¹³ El pesimismo de los primeros momentos analizados aquí, queda atrás, la asunción del camino elegido lo convierte en un hombre optimista, incluso en los peores momentos de su enfermedad: «¡Hay que estudiar, hay que combatir alegremente por la Revolución, pase lo que pase, caiga el que caiga!»¹⁴ A su hermana le escribe: «La cuestión es conservar un pedacito interior de niñez; mientras eso exista podemos estar seguros de que aún podemos mejorarnos [...] y así podemos alegremente acercarnos a la vejez, mientras algo no sólo permanece joven, sino que está caminando hacia la juventud dentro de nosotros.»¹⁵

Villena murió en el año 1934, cuando ya había alcanzado su madurez política, cuando había consagrado su vida al destino de la patria, cuando su poesía ya no denotaba pesimismo sino una confianza infinita en la Revolución.

BIBLIOGRAFÍA

- MARTÍNEZ VILLENA RUBÉN: *La pupila insomne*, Editorial Lex, La Habana.
- ROA, RAÚL: «Una semilla en un surco de fuego», en Martínez Villena, Rubén: *La pupila insomne*, Editorial Lex, La Habana.
- PORTUONDO, JOSÉ A.: «Revaluaciones. Rubén Martínez Villena (1899-1934)». en *Capítulos de literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.

¹⁴ Ibidem, p. 69.

¹⁵ Ibidem, p. 71.